

Escribir ruralidad: anotaciones de bitácora

Vladimir Hernández Botina

A mediados del 2021, en una conversación sostenida con Alfredo Mires de la Red de Bibliotecas de Cajamarca, él llamaba la atención sobre la palabra ruralidad; primero, reflexionando sobre su inexistencia en la lengua española y, segundo, recordando su relación con el concepto “rural” que, según Alfredo, hasta hace poco tiempo en el diccionario de la RAE hacía mención a una persona inculta y desaseada. Por la misma época, en una entrevista telefónica con Robert Daza en torno a la Biblioteca de Semillas de la Unión (Nariño), Rober problematiza el uso de la palabra ruralidad como recurso para diferenciar aquello que no hace parte de los conglomerados urbanos y plantea como alternativa su uso como recurso para definir una realidad en la que conviven diferentes actores (campesinos, indígenas y afros), con cosmovisiones y roles propios que en la mayoría de casos son distintos a los que asigna e idealiza la ciudad.

Las dos conversaciones detonaron “Escribir Ruralidad”, una propuesta que plantea la escritura como herramienta para crear narrativas en torno a la ruralidad desde la voz de quienes la habitan. Así, a finales de 2022, con el apoyo de la convocatoria de estímulos para la cultura de la Gobernación de Nariño, el proyecto Biblioteca y Ruralidad del cual hago parte, llevó a cabo la primera fase de la propuesta desarrollando talleres para la escritura en tres veredas de igual número de municipios en el departamento de Nariño, veredas en las cuales funcionan Bibliotecas Rurales Itinerantes (BRI) impulsadas por la Biblioteca Nacional de Colombia:



De la serie *Ciu-darios*. Amando Montoya. Sublimación sobre tela poliéster, adosada a la pared con listones de madera y puntillas. 180 x 80 cm. 2022

- BRI Sabia Cecilia en San Lorenzo.
- BRI de Generaciones Indígenas del resguardo de Males, en Córdoba.
- BRI Tatambud, municipio de Pupiales.

Los talleres estuvieron a cargo de Sara Ríos, literata y promotora de lectura con amplia experiencia en el trabajo en contextos rurales, y Laura Ortiz, autora del libro *Sofoco* que narra desde la ficción, historias que se sitúan en la ruralidad colombiana. En ellos se plantearon escenarios de diálogo y formación a través de cuatro momentos:

1. La lectura y diálogo en torno a los textos que sistematizan las conversaciones con Alfredo Mires y Robert Daza.
2. Un espacio para la escritura de relatos basados en vivencias de la ruralidad, entendiéndola como la realidad que viven quienes participan del taller.
3. Un diálogo abierto y de documentación audiovisual en torno al ejercicio y las reflexiones provocadas.
4. Espacio para ahondar en la creación de personajes desde la escritura, a cargo de Laura Ortiz.

La experiencia de hacer parte de la iniciativa “Escribir Ruralidad”, cuyos productos se encuentran disponibles en Internet, me permitió tejer con las voces de quienes participaron de los talleres, aproximaciones muy personales, anotaciones de bitácora que enumero a continuación sin ningún hilo conductor, en torno a aquello que nombramos cuando decimos ruralidad. Algunas de ellas podrían considerarse obvias; sin embargo, constituyen reflexiones que me resultan útiles al momento de proyectar acciones o discursos que se cobijen bajo la sombrilla de la ruralidad.

*Ahora que lo hablamos sé que es eso,
antes no lo conocía.*

María Rosa Moreno, Santa Cecilia -
San Lorenzo (Nariño)

1. Aprender a ser parte de la ruralidad

Para Magaly Rodríguez Yepes, habitante de la vereda José María Hernández en el municipio de Pupiales, el reconocimiento como sujeto inmerso en la ruralidad está ligado a la escuela: “La ruralidad, yo no

sabía nada de eso hasta que fui a la escuela, no sabía de esa palabra” y se propone desde una perspectiva que asigna roles de acuerdo al contexto en que se habita “...allí en la escuela, le dicen a uno que si vive en el campo es rural y si vive en la ciudad es urbano”. Esta perspectiva, en diálogo con las palabras de Elio Narváez de Santa Cecilia, San Lorenzo, “Los niños de ahora ya no son rurales porque nadie les enseña qué es eso”, me permite intuir la ruralidad como una construcción que se refuerza desde espacios disciplinares que diferencian al sujeto urbano del que no lo es.

2. Hay una tensión consciente entre el sentirse parte de la ruralidad y el imaginario que la ciudad construye frente a ella

“Nosotros nos hemos cansado ya de esa lógica de antaño, esa lógica de conquistas, que es lo que la urbe quiere hacer con nosotros”, dice Gustavo Moreno, mediador de la BRI Santa Cecilia en San Lorenzo, Nariño, quien, en su perspectiva, reconoce la ruralidad como una construcción que se impone desde afuera, desde la ciudad. La visión de Gustavo es compartida por María Rosa Moreno, de 13 años y habitante del mismo municipio, quien reconoce la construcción de un imaginario de ruralidad en el que la ciudad asigna roles a quienes la habitan, “la gente de las ciudades piensa que ruralidad es lo que tenemos que hacer los campesinos para la demás personas”.

Magaly Rodríguez Yepes, del municipio de Pupiales, por su parte, recalca las distancias que consciente o inconscientemente, marca

lo urbano frente a los contextos y realidades rurales: “las gentes de la ciudad lo toman como que la palabra ruralidad es lejos, alejado”.

3. Más allá del imaginario del campo

En la manifestación de Magaly Rodríguez, “aprendí que soy rural, pero además soy orgullosamente campesina”, ella nos habla de definirse más allá del lugar que se habita, reclamando así una identidad, la campesina, que si bien guarda relación con el contexto rural, se nombra desde un pensamiento propio, desde una construcción cultural particular.

Para Yulisa Moreno, en la BRI Santa Cecilia, la ruralidad va “mucho más allá de la agricultura”, reclamando dicha palabra como espacio para existir desde sus propios anhelos, “ la ruralidad son los sueños que nosotros los campesinos tenemos”.

Mientras tanto, Nely Chapuel, del municipio de Córdoba, evoca la ruralidad como una condición de vida, “vivir tranquilo... no solamente un campo abierto, también es cultura”.

4. Una palabra de afuera

Felipe Hernando Chapuel, del resguardo de Males en el municipio de Córdoba, manifiesta en torno a la palabra ruralidad que esta “es palabra de lo occidental, de los de afuera” y plantea un alternativa desde el saber propio de su pueblo “ nosotros diríamos parcialidad... eso sería como decir ruralidad”. Según él, el uso de esta pala-



De la serie *Ciu-darios*. Amando Montoya. Impresión digital sobre papel de algodón. 100 x 70 cm. 2022

bra “parcialidad”, permite expresarse sin acentuar distancias o marcar diferencias, haciendo posible que decir ruralidad implique decir “nuestro territorio”.

Según él, la construcción del concepto de ruralidad somete a quienes habitan por fuera del conglomerado urbano, “me siento engañado por la ley ordinaria porque han quitado nuestros usos y costumbres y nos tratan como salvajes, por ejemplo no tenemos autonomía de los recursos, por eso la plata llega a la alcaldías a través de transferencias”.

5. Las narrativas de la cotidianidad

Durante el desarrollo de los talleres de escritura, las y los participantes, crearon textos en los que describen situaciones e historias que, según ellos, hacen parte de la cotidianidad de aquello a lo que se nombra ruralidad. Si bien en ellos se hace alusión constante al paisaje y el campo, es posible también identificar una perspectiva de bienestar que se contrapone al imaginario de ciudad, así como una relación con la tierra que, a diferencia de la noción productiva que proponen los proyectos que se cobijan en la sombra de la ruralidad, hace mención a una dimensión cultural y de pensamiento que se ve reflejada en modos, formas y expresiones.

El imaginario de la ruralidad resulta entonces, para mí, ser una construcción externa basada en el lugar que se habita y su cercanía o lejanía con el conglomerado urbano, construcción que se reclama desde los contextos rurales como una realidad compartida con actores diversos. La inexistencia de la palabra en la lengua española,

si bien es una oportunidad para dotarla de sentido, demuestra también un vacío, que se refleja en un uso ligero de la palabra, con el fin de nombrar y generalizar formas diversas que conviven en contextos ajenos a los urbanos.

Si bien existe una relación entre la palabra ruralidad y la palabra rural, la primera parece usarse desde la o las instituciones, para nombrar sin profundidad, desde el desconocimiento de la diversidad que representa. Mientras que la segunda busca situar un algo, en un espacio geográfico concreto.

Si entendemos la ruralidad como una realidad, la pluralización que recurre a nombrar ruralidades, plantea realidades múltiples, más no una realidad compartida por actores diversos.

La ruralidad, carente de una definición concreta y como muchos otros conceptos, es un concepto inacabado y en disputa por quienes la viven y habitan, y quienes la nombran. Decir ruralidad desde la ciudad, no será o no es por ahora, lo mismo que decir ruralidad desde los contextos y pueblos que la habitan.

Vladimir Hernández Botina. Se define como “trabajador cansable”, huyendo de la academia. Coordinadorx del proyecto Biblioteca y Ruralidad, caminante de la Biblioteca Saberes de los Machines. Ha trabajado con organizaciones como Fundación Karisma, SWISSAID, entre otras. Investigador, Activista de la Cultura Libre, Diseñador, Magíster en Internet de Elisava (Barcelona), Magíster (c) en Innovación Social de la Universidad de Nariño. vlahebo@gmail.com